

# EN PUNTO



Edificio en el Lake Shore Drive.

los problemas de la forma; solamente admitimos los problemas de la construcción».

Ludwig Mies había nacido en Aquisgran —Alemania—, en 1886. Más tarde añadió a su nombre el apellido de su madre, Van der Rohe, con el que, de manera conjunta, es universalmente conocido. Su padre era propietario y, al mismo tiempo, capataz de una cantera donde se cortaban piedras. El uso de los materiales de construcción lo aprendió, pues, de su padre. A los quince años entró como aprendiz en el taller de Bruno Paul, famoso proyectista de muebles de estilo «liberty». A los pocos años entró como dibujante proyectista en el estudio de Peter Behrens, arquitecto de vanguardia en su época, con el que, curiosamente, también trabajaron Le Corbusier y Walter Gropius. Sus primeros proyectos como arquitecto independiente conservan aún muchas reminiscencias clásicas, como acontecía con las de su maestro, Peter Behrens. Pero el edificio Fagus, que Gropius edificó en 1911, fue, sin duda, un acicate. Ese mismo año proyectó Mies la casa Fuchs, en la que aún supervivían aquellas reminiscencias clásicas derivadas del maestro. Luego marchó a

Holanda, donde trabajó con Petrus Berlage y, por su cuenta propia, realizó el proyecto de una casa para Kröller-Müller, que no llegó a realizarse nunca. En 1913, a sus veintisiete años, volvió a Berlín y abrió un estudio propio de arquitectura. Pero la primera guerra mundial interrumpió sus actividades, como las de tantos otros creadores, y no volvió a aparecer sino mucho más tarde con sus revolucionarios proyectos de rascacielos de cristal, que casi nunca llegaron a realizarse. El formidable edificio en el Lake Shore Drive, realizado en estos últimos años, una de las maravillas de la arquitectura de nuestros días, está ya anticipado en aquellos proyectos de 1920-21. Desde 1925 hasta 1932, la actividad tanto constructiva como didáctica de Mies en Alemania es muy considerable, empezando por la construcción del monumento erigido a los dirigentes obreros asesinados, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, monumento que, naturalmente, fue demolido a la entrada del nazismo. Para nosotros, los españoles, tiene especial significación el Pabellón Alemán que Mies proyectó con destino a la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, hoy desgraciadamente desaparecido.

En ese Pabellón, y al margen de otros problemas constructivos, puede decirse que se resume y contiene el concepto de Mies van der Rohe, respecto a la distribución espacial. Esa concepción, de un extraordinario rigor ortogonal, pero de una organicidad visiva, respecto a su distribución espacial, podría ser considerada como el manifiesto de la divina proporción del siglo XX. Es cierto que él coincide casi netamente con la concepción ortogonal Neoplasticista, sustentada fundamentalmente por Piet Mondrian y por su grupo «Stijl» holandés. Mies no ha negado una posible interdependencia: al fin y al cabo, él es un hombre muy atento a los problemas de sus días. Pero Mies proyectó para el espacio polidimensional lo que Mondrian realizó simplemente para el espacio plano.

La llegada del nazismo a Alemania acabó con la actividad de nuestro arquitecto en aquel país. Su destino final fue los Estados Unidos, en los cuales ha vivido gloriosamente una madurez cargada de prestigio, pero altísimamente fecunda por el legado de su obra y por el de su formidable pedagogía. ■ J. M. M. G.

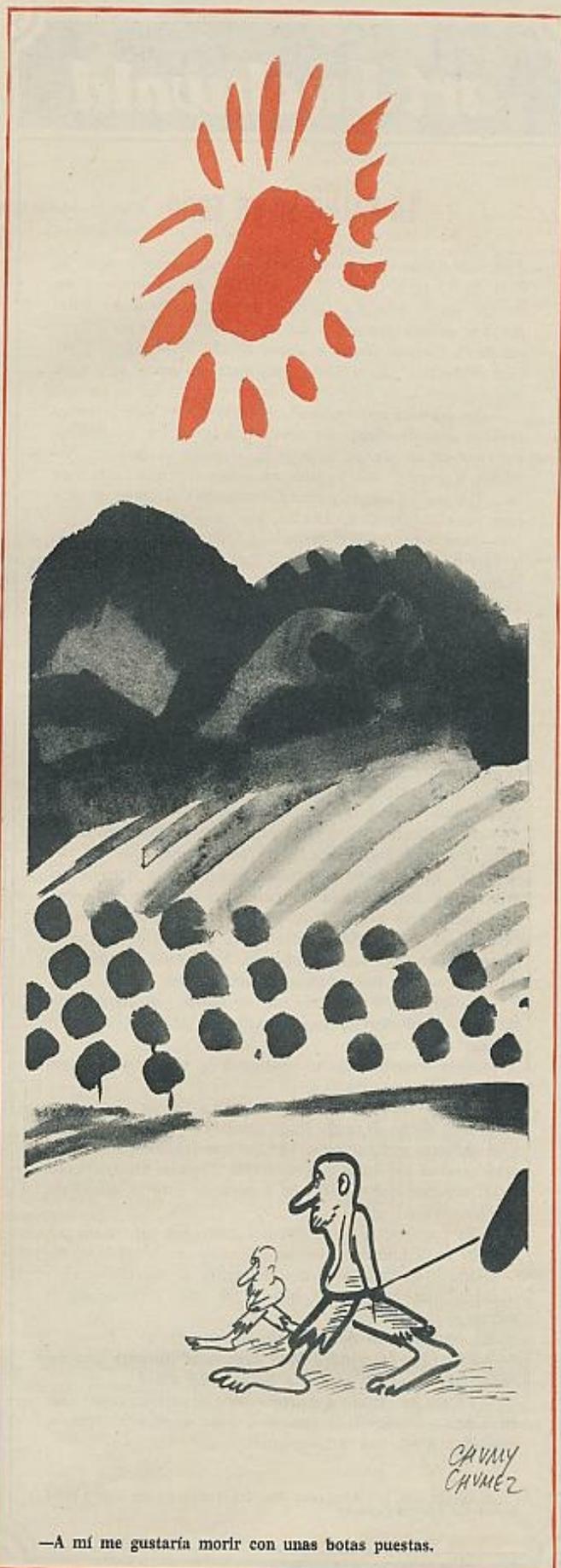
## Teatro

### LARRA, OTRA VEZ

En la continua marea de olvidos y rescates, una de las figuras españolas que hoy vuelven a estar en el candelero es la de Mariano José de Larra, español nacido en 1809 y muerto, de un pistoletazo en la sien, a comienzos de 1837. Claramente, de Larra cabe trazar una biografía pasional que, entre decorados y gestos románticos, ahogue su verdadera significación cultural. Muchos lo han hecho así a lo largo de más de un siglo. Y Melchor Fernández Almagro, allá por el 43, no sólo recargó las tintas de su aventura extramatrimonial, iluminando al escritor con la luz de los falsos héroes, sino que —repetiendo lo que ya hiciera con Valle-Inclán— introdujo el determinante patológico de su obra. Larra, entre los vapores de su tiempo, su suicidio y su hígado enfermo, apenas dejaba margen para el análisis de su obra literaria. Caba, desde esta posición, hacer ciertas estimaciones superficiales sobre su talento de escritor o sobre la gracia inmediata de tal o cual artículo costumbrista; pero el pensamiento de Larra quedaba desmembrado o, cuanto más, reducido a una sistemática y malhumorada oposición.

Pienso yo ahora si para llegar al fondo de nuestra actual trivialidad escénica no será necesario partir de la verdadera génesis político-cultural de nuestro tiempo. Empezar en el 39, como en tantas ocasiones hemos hecho todos, es una cómoda metodología, maniquea y trivial las más de las veces —cada uno elige sus buenos y sus malos—, que soslaya la óptica de un proceso del que los últimos treinta años, con sus peculiares características, forman parte.

Todos, progresistas o conservadores, coinciden en que la España moderna empieza en los albores del XIX —cuando de la simple Ilustración se llega a las Cortes de 1812—, momento en el que ya se perfilan los antagonismos, los conflictos que, con la natural y hasta profunda evolución de sus términos ideológicos, dominarán y, periódicamente, ensangrentarán el último siglo y medio de vida española. Pues bien, en el primer cuarto de siglo de esa nueva edad está Larra, luchando por ordenar una sensibilidad y unas ideas críticas que poseen el extraordinario valor de inaugurar una corriente del pensamiento cultural español. Nada extraño, pues, que los del 98 reivindi-



—A mí me gustaría morir con unas botas puestas.

## art buchwald

### LA SALUD LO ES TODO

**L**a vida de un médico en París, especialmente cuando se le llama para tratar a los turistas. Recientemente, un doctor amigo mío fue llamado por la noche a un hotel por una señora que creyó que su marido sufría un ataque cardíaco. Cuando llegó, la dama estaba histérica y, mientras el médico examinaba al paciente, no hacía otra cosa que regañar a su esposo. Le decía:

—Te advertí que no trabajarías tanto. ¿Cuántas veces te dije que descansarás? Crees que eres un muchacho, pero ya no lo eres, y esto debe servirte de lección. Negocios, negocios, sólo piensas en eso, sin pensar nunca en mí. ¿De qué te sirven todos los negocios si luego te ocurren cosas como ésta? Doctor, ¿se va a recuperar?

—Bien —contestó el médico—, todas estas palabras no le van a ayudar. Tenemos que hacerle un electrocardiograma.

—¿Un electrocardiograma? —gritó la mujer a su marido—. ¿Cuántas veces te he dicho que debías trabajar menos, que te iba a pasar lo mismo que a tus amigos, que se mataban trabajando? Pero no me hacías caso. Ahora resulta que hay que hacerle un electrocardiograma.

—Señora —dijo pacientemente el doctor—, no hay nada de extraordinario en hacer un electrocardiograma. No creo que su esposo tenga nada grave, pero necesito el electrocardiograma para estar seguro. Le ruego que se calme y deje descansar a su esposo hasta que venga el especialista con el equipo.

—Para usted resulta fácil decirlo, pero usted no le ha visto trabajar. Día y noche no piensa más que en sus negocios. Le he dicho montones de veces que si sigue así pronto me dejará viuda. Y, entonces, ¿de qué me servirían todos esos gráficos de ventas? ¿Cree que ha hecho caso? Pues, no. Y ahora mírelo ahí, tendido en la cama. Doctor, el dinero no es problema, haga todo lo que pueda para curarlo, eso es todo lo que le pido.

—Señora, ya le he dicho que su marido no tiene nada serio. Sólo me parece muy cansado. Al parecer ha hecho demasiados esfuerzos.

—Naturalmente, doctor. Siempre se lo estoy repitiendo, no trabajes tanto...

El doctor se fue a otra habitación a llamar al especialista. Dos horas después llegó aquél, con una enfermera, y el médico regresó para ver los resultados. El electrocardiograma revelaba que no había ninguna anomalía en el corazón del turista. La esposa de éste se alivió inmediatamente.

—Es como recibir un don del cielo. Tal vez, hasta podremos ir al Lido esta noche...

—Estoy cansado —dijo débilmente el marido—. Con todo lo que he pasado hoy... Tú sólo piensas en ti misma...

El doctor trató de ayudarlo, diciendo:

—Creo que le sentará bien descansar durante una semana. ¿Por qué no se van a Suiza unos días?

—Yo no he venido a Europa para descansar unos días en Suiza —exclamó la señora—, vine a pasarlo bien y, cansados o no, voy a conseguirlo...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardaya.)



caran apasionadamente la memoria de Larra, ni que fuera figura a menudo recordada en todas las tertulias literarias progresistas de las tres primeras décadas del siglo XX —en la de Pomo se le guardaba simbólicamente un sitio—, ni que vuelva a ser ahora un escritor ampliamente admirado por los sectores jóvenes.

En el plano específico de la crítica teatral, Larra es un verdadero maestro. Frente a la tendencia —mortal para la moderna historia española del teatro— a marginar los problemas teatrales de los problemas sociales, a hacer del teatro un fenómeno alimentado de sí mismo, a ocultar las implicaciones ideológicas de toda organización teatral, Larra tiene el valor de sostener las raíces sociopolíticas de la grande-

za y la miseria del teatro. Ciertamente es necesario atender al «específico teatral», en tanto que se trata de una expresión estética que conjuga una serie de elementos —el actor, sobre todo— que le son exclusivos. Ahora bien, considerando que el teatro es un fenómeno público, un hecho que solicita la concurrencia de una serie de elementos estructurales extra-artísticos (las empresas, los públicos, la censura etcétera, etcétera), su análisis es imposible si no miramos, a un tiempo, con el mismo celo, a la escena y a la platea, al espectador y al espectáculo.

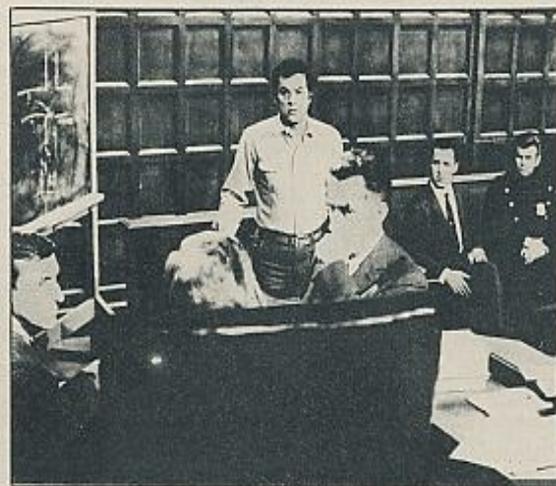
Quizá sea ésta, al margen del valor de muchas de sus apreciaciones críticas, la máxima aportación de Larra al teatro español. La escena y la historia se mezclan, a las dos se acerca Larra con la misma curiosidad, en las dos encuentra los mismos protagonistas sociales. Porque, a fin de cuentas, cada pueblo tiene el teatro y la historia que se merece. ¿Quién se atrevería, por ejemplo, a calificar la censura teatral de fenómeno adscrito exclusivamente a la historia del teatro? Obviamente tiene un pie en el teatro y otro en la política. Vive para el teatro, pero vive de la política.

Cada día parece más clara la necesidad —aceptando todas las transformaciones operadas por la historia rechazando, en cambio, ciertos energuménismos que quieren, en la línea de otros energuménismos precedentes «partir de cero»— de ahondar en las raíces culturales de nuestro presente al tiempo que nos abrimos a la investigación de las corrientes europeas: a sus posibles penetraciones en el ámbito concreto y particular español. Larra se levanta, probablemente, como el primer tramo de tan apasionante y urgente tarea. ■ J. M.

### Entre Dolittle y el «Che» FLEISCHER Y EL ESTRANGULADOR

Evidentemente, el lamentable «Doctor Dolittle» no hacía esperar nada bueno de los siguientes films de Fleischer. Ya «El viaje alucinante» había constituido una seria decepción; después de las que supusieron los films «Europeos» del realizador de «La muchacha del

realización se sitúa entre el «Dolittle» y el «Che!». Fleischer, si no ha sido nunca un «autor», en el sentido más estricto de la palabra, si ha sido —en «El estrangulador...» demuestra que puede volver a serlo en cuanto se le propone— un cineasta importante, un



trapecio rojo». Y, por otra parte, las referencias que van llegando sobre el «Che!» interpretado por Omar Sharif, no son precisamente alentadoras... Por todo ello, resulta doblemente satisfactorio el «recuperar» al Fleischer de los mejores momentos en «El estrangulador de Boston», película que acaba de estrenarse y cuya fecha de

inteligente análisis de una sociedad, americana, dominada por la violencia y el sexo, cómodamente instalada tras unas apariencias de puritanismo que ocultan algo muy diferente. Lo mejor de su obra, anterior a la etapa europea, llegó a nuestras pantallas en desorden y, en ocasiones —«La muchacha del trapecio rojo»—, en unas condiciones